

El Baluarte

Sr. D. Aureliano Albert.
Conde de Aranda núm. 7.
MADRID

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
LAGAR núm. 5.
MADRID

NÚM. 201.

Sevilla.—Lunes 4 de Septiembre de 1899

AÑO XXIII.

Juego de compadres

Aunque lo niegue el Sr. Silvela, aunque afirme el Sr. Sagasta, que en su retiro de Ávila vive incómodo del mundo político, es lo cierto que entre estos personajes, de acuerdo con otros importantes hombres de la política, se fragua algo grave y trascendental que afecta a la Constitución.

El mayor ó menor desarrollo físico, las condiciones morales; el intelecto de un niño les tiene altamente preocupados, como si la suerte de España hubiese de depender del verdadero estado patológico de una criatura; mucho más en tiempos de desventuras, en que por doquiera corren aires de fronda.

Valiera más que el presidente del Consejo de Ministros se preocupara de las cuestiones nacionales, que no tener su atención fija en asuntos de familia, que si algo importan es por el daño inmenso que han producido a la Patria, en la que tan brillantes negocios y tan gran posición ha conquistado el experto abogado que hoy preside los consejos de la corona, cuando no está presente el general Polavieja, señor y árbitro de la situación.

Al pueblo le tienen sin cuidado esas relaciones familiares; digo, le tienen con mucho cuidado en tanto sigan imperando, pero le preocupan poco sus intereses íntimos y las razones de los gobernantes para que el régimen transitorio pueda prolongarse más ó menos, con esta ó con otra representación del mismo ó de extraño trono; atento al interés del hogar, con la vista puesta en su regeneración y la orientación fijada en instituciones adecuadas a su emancipación, esos juegos de cubiletes en que están interesados los partidos y grupos gubernamentales; esas cábalas en que pierden el tiempo los políticos sin conciencia que le han deshonrado, merecen su profundo desprecio, seguro de que han de quedarse en intenciones y propósitos.

Toda su atención la tiene puesta en reunir y acoplar los materiales necesarios para dotar a España de instituciones libres, y para esto se prepara.

Siga el Sr. Silvela su labor. Que nosotros ya tenemos trazado el camino de nuestra redención, y no seguiremos otra ruta que la que ha de conducirnos a la salvación de la Patria por la República, única forma capaz de devolver al pueblo su soberanía, de reintegrar a España en sus históricos prestigios y de dotar a la nación de libres instituciones, de igualitarios derechos y de reposición de su crédito.

Por falta de ortografía

CUENTO

¿Quién, por apartado que se halle del tráfico del mundo, no ha oído mentar alguna vez la poderosa casa comercial de los Cobreces de Santander?

Como todas las casas que han dominado y dominan los negocios mercantiles, desde la casa de los Fúcares en lo antiguo hasta la de los Rothschild en nuestros días, la de los Cobreces tuvo orígenes harto humildes.

Y no se remontan, por cierto a tiempos, muy lejanos. Todavía hay en Torrelavega alguna gente que recuerda, como si lo viesen hoy, el tenderete de zapatero remendón que tenía allí Gumersindo Cobreces hacia el año 39 ó 40.

El hombre vivía, aunque «con vilipendio»—según la frase inmortal del fosforero de la Puerta del Sol—pero, vamos, no le iría del todo mal con sus tapas, tacones y media suelas, amén del la reventa al menudeo de ciertos artículos del ramo de abacería, cuando un día participó a sus parroquianos que se trasladaba a Santander con objeto de «ensanchar la esfera de su actividad», como se dice ahora.

No se crea que Cobreces trataba de abrir en la capital de la región montañesa algún lujoso Bazar de calzados, ó algún espléndido Almacén de Frutos Coloniales. Establecimientos de tal linaje y de tan pomposo nombre eran a la sazón desconocidos hasta en la mismísima villa y corte de Madrid.

El Sr. Gumersindo se proponía seguir ejerciendo su oficio de remendón, tan «honesto y útil a la República» como cualquiera otro, y continuar vendiendo en su portal de Santander alguna bacalada, algún paquete de velas y algunos papeles de especias más que en Torrelavega; combinación mercantil que no debe causar la menor extrañeza a la gente de hoy, acostumbrada ya a entrar en uno de nuestros grandes bazares en busca de un juego de cepillos, y salir con un retrato de Luisa Campos, otro de Lagartijo, un devocionario y un braguero.

Cobreces, si bien era lo que se llama una hormiguita para su casa, tenía un grave inconveniente para llegar a ser una *formica leo*, que es a lo que hay que llegar en el mundo de los negocios. Era bastante fatalista, cualidad nada común en la gente de su casta y de su tierra, y creía antes que en nada en el Destino, aunque encubriendo esta creencia puramente pagana bajo la cristiana fórmula: «*Lo que está de Dios!*...»

Y estuvo de Dios que el Sr. Gumersindo, con su zapatería de portal y su abacería rudimentaria, lograra reunir algunos ahorros sin cuidarse de forzar la mano a la fortuna, pero tampoco sin tenderse en el surco ni dejar la ida por la venida.

—¿Estará de Dios (decía a su mujer) que podamos llegar a poner una tienda medio decente?

Porque las aspiraciones de Cobreces, sin dejar entre tanto la lezna y el tirapié, eran más mercantiles que industriales, y poco a poco, ampliando casi sin querer sus compras y sus ventas, había llegado a surtir directamente de una casa de Burdeos, prescindiendo ya, en todo lo tocante a la especiería, de los comerciantes del mismo Santander.

Estos, en cambio, no pescindían de él... en cuanto remendón.

Allí estaba el famoso D. Pascual Goleta, que apesar de todas sus peluconas—y eran muchas—no tenía inconveniente en mandar al portal de Cobreces sus botas, las de su mujer y las de sus hijos, que no eran menos de ocho, en demanda del esmerado remiendo y la económica compostura.

—¿Qué tal van esos negocios?—solía decir D. Pascual al Sr. Gumersindo, cuando éste se presentaba en el escritorio de Goleta con alguna cuentecilla.

—Como no está de Dios que uno mejore... —contestaba indefectiblemente el remendón.

En una de estas visitas estuvo de Dios que Cobreces supiese que el precio de la canela (el artículo a que el pobre hombre tenía más respeto) estaba en baja; pero en baja tan atroz, que no había más remedio que comprar canela, por que la canela no tenía más remedio que subir. Aquel día tuvo Cobreces el Rubicón delante.

Y Cobreces lo pasó. Hé aquí la carta que el modestísimo mercachifle, estirando los pies—como él decía—mas allá de la sábana, puso a la casa de Burdeos que le servía sus pedidos, humildes sí, pero puntualmente pagados:

«*Pola presente seserbiran ustds remesarme aprecio corunte odiada la fecha 203 churlos canela que les abona en cuenta su serbidor que bsm. —Gumersindo Cobreces.*»

Como el lector habrá ya adivinado, se repitió en la realidad lo que en los dominios de la fantasía atribuyó D. Pedro Calderón al vidriero de Tremecén, cuando al pedir a un amigo de Tetuán tres ó cuatro monas,

«el tres ó cuatro escribió en guarismo el majadero, y como es allí la o cero, el de Tetuán leyó:

«Amigo, para i personas á quien tengo voluntad, luego al punto me enviad trescientas y cuatro monas.»

Podemos imaginarnos el terror del vidriero de Tremecén al ver

«aparearse con estruendo trescientas monas, haciendo trescientas mil monerías;»

pero es muy difícil formarse una idea del estupor con que el remendón de Santander se encontró en el muelle con doscientos tres «churlos» de canela, que en vez de los ochocientos ó mil doscientos reales que el pobre Cobreces,

en un arranque heroico, había arriesgado sobre dos ó tres sacos de canela, le costaban más de cuatro mil pesos fuertes.

Del estupor del remendón sólo puede darse cuenta el que, sin tener más que lo puesto, se encuentra con el premio gordo de la Lotería; porque es el caso que, mientras los «churlos» de Cobreces venían a bordo del *Saint Estéphe*, la canela había ido «subiendo, subiendo, hasta doblarse el precio á que había comprado el señor Gumersindo; y en lugar de los cuarenta ó sesenta duros de ganancia que el hombre aguardaba como el santo advenimiento, se hallaba de bóbilis bóbilis con un lucro, limpio de polvo y paja, de ochenta y un mil doscientos reales de vellón.

Esta suma, sabiamente manejada y acrecentada, fué la base de las riquezas de la casa de Cobreces, sólida y fuerte como pocas.

Si el señor Gumersindo hubiese escrito con correcta ortografía, «habrían llegado a millonarios sus hijos?»

Sin salir del portal del padre, habrían parado probablemente... en memorialistas.

O lo que es más doloroso: ¡en literatos!
MARIANO DE CAVIA.

Máximas agrícolas

Si se reincorpora bien la ceniza al terreno, recobrarla la fertilidad.

El trigo tiene el uno por ciento de ácido fosfórico, y éste se deposita en los cementerios, con los cien mil cadáveres que todos los días reciben.

Si quieres plantar un árbol donde haya habido otro de la misma especie, mezcla mucha ceniza con la tierra.

No olvides que labor equivale a riego. Cuando el árbol tiene el fruto en su infancia, ni lo labres ni lo riegues.

El color de las hojas indica la salud del vegetal.

El sulfato de hierro, caparrosa, se encarga de reverdecer las hojas.

El sulfato de hierro y la ceniza resuelven el problema de la vida de las plantas.

Al podar, se ha de tener en cuenta que las ramas no han de ser tan orgullosas que miren al cielo, ni tan humildes que se inclinen a la tierra.

El buen podador ha de atender a la vegetación y a la fructificación.

No ha de olvidar el podador que la vida de toda las plantas está en las hojas.

Labra y poda cuando duerma la savia. Labor profunda en invierno y superficial en primavera.

No olvides que la planta, al reproducirse, es sagrada; respétala y no la toques.

Labra profunda y siembra claro si quieres coger mucho grano.

Si no llueve dentro de tres días de una niebla, suele llover a los cuarenta días.

No desbrotés ni despampanes las cepas.

Quita los líquenes que hay en la corteza, por que viven a expensas de ella.

En la corteza seca anidan los insectos, y las más de las veces penetra por ella la muerte del árbol.

Más que de perseguir el insecto, tendría que preocuparse el agricultor de averiguar lo que le falta a la planta.

Cúlpatelo a tí, agricultor, y no al insecto, de tus males.

Agricultor: el pájaro es tu amigo, no lo mates.

Se calcula que necesita cuarenta mil insectos al año un pájaro para alimentarse.

Causa más daño el cazador de pájaros que el ladrón de frutos.

El mayor enemigo del labrador es el cazador con redes y reclamaciones.

Mientras el cazador de pájaros ríe, el labrador llora.

De actualidad

LA PESTE BUBÓNICA

Barcelona.—El doctor Ferrán, acompañado de médicos catalanes, irá a Oporto, con objeto de hacer un estudio de la epidemia reinante.

Cree Ferrán que sería un verdadero milagro que España se escapara sin sufrir la epidemia, suponiendo que los principales conductores del microbio son las mercancías que se transportan en los barcos.

El ilustre bacteriólogo es enemigo de los acordonamientos.

Cree más prácticas las desinfecciones escrupulosas.

ELVICE-CÓNSUL DIMITIÓ

Oporto.—El vicecónsul de España ha enviado una carta a la prensa dimitiendo de su cargo, para poner a salvo su dignidad y su decoro, ofendidos por la conducta del cónsul.

DOCTORES ITALIANOS Y ALEMANES

Oporto.—Ha llegado el doctor italiano señor Datto, visitando el hospital de pestíferos.

El gobierno de Berlín ha acordado que vengan a Oporto para estudiar la peste los doctores Kasser y Troich.

LA PRENSA Y EL DOCTOR JORGE.—
LOS CONCEJALES

Oporto.—La prensa pide la dimisión del director del Laboratorio municipal, doctor Jorge.

En la sesión del Ayuntamiento los concejales se felicitaban de la dimisión presentada por el alcalde.

«EL LIBERAL»

Dice este periódico que la cuestión de Oporto es gravísima.

La obligación del gobierno español es desatender todo lo que afecte al orden público en Oporto y velar sola y exclusivamente de la cuestión sanitaria, para evitar por todos los medios la invasión de la epilemia.

PRISIONEROS EN LIBERTAD

El ministro de la Guerra ha recibido un telegrama del general Jaramillo.

Este le comunica que Aguinaldo ha ordenado que sean puestos en libertad los prisioneros españoles que se encuentren enfermos.

A éstos se les reconcentrará en un punto determinado, para procederse a su repatriación.

EL PROCESO DREYFUS

Rennes.—Tómense medidas preventivas para el día que se dé lectura a la sentencia.

En el local que ocupa el Consejo sólo entrará un número limitado de personas, distribuyéndose cien sillas para que cuiden de la conservación del orden.

Hasta el viernes ó sábado próximo no habrá veredicto.

SIGUEN LAS LUCHAS

El alcalde de Alcira ha hecho arrancar las placas del Corazón de Jesús, que algunos católicos habían colocado en las fachadas de sus casas.

El vecindario ha felicitado al alcalde por esta determinación.

Se dice que en Córdoba ha habido palos con motivo de la colocación de las consabidas placas.

También en Badajoz reina excitación, originada por el mismo motivo.

UN NAUFRAGIO

Charleston.—Han llegado los dos únicos supervivientes del naufragio del vapor *Drat*.

De su tripulación y pasaje sólo se salvaron seis marineros.

Uno volvió loco a consecuencia de los horribles sufrimientos producidos por el hambre y la sed.

Dos quedaron agonizantes en la misma balsa que los conducía.

A otro le bebieron la sangre, desgarrándole las venas, después de haber sido sometidos a sorteo.

Uno de los dos supervivientes, ya casi demente, se lanzó sobre el cadáver de un compañero, devorándole a trozos el pecho y la cara.

A los salvados se les cuida con interés, creyéndose que podrán recuperar la salud.

La terrible odisea ha durado más de tres semanas.

LA NEGOCIACIÓN DE LA DEUDA

El Sr. Silvela insiste en sus negativas de que se trate ahora de realizar negociaciones de acuerdo con los tenedores extranjeros de renta exterior, pues la mayoría de los individuos del comité de Londres se hallan ausentes y no se reunirán hasta mediados de Octubre.

PARA LAS MAESTRAS

San Sebastián.—Se ha firmado la convocatoria del concurso para proveer catorce plazas de profesoras de Escuelas Normales entre aquellas maestras de escuelas públicas dotadas con 200 pesetas en adelante.

Dentro del mes actual se publicará el nuevo reglamento de Escuelas Normales.

MÁS RECLUTAS

Háblase de que el ministro de la Guerra pide ahora 20.000 hombres más, justificándose con la necesidad de atender a la defensa sanitaria de la frontera sin desatender las eventualidades del orden público.

Es posible se trate del asunto en el Consejo de mañana.

REVERTE COGIDO

En la corrida celebrada ayer en la plaza de

Bayona, un toro de Ybarra cogió al diestro Reverte, ocasionándole grave herida en la pierna izquierda.

En un principio, dado lo abundante de la hemorragia, creyóse tenía rota la arteria femoral.

El último despacho recibido de Bayona dando cuenta del estado del diestro dice lo siguiente:

«Bayona.—La cornada de Reverte es grave por temerse complicaciones, debido al desgarramiento sufrido en la parte herida.

No le interesa la arteria femoral, pero está al descubierto, así como el hueso.

Alcanza grande extensión. Dice Reverte que siente un frío intenso en la pierna.

Se encuentra algo abatido, efecto de la hemorragia intensa que sufrió.

Dirigense muchas censuras a la mala asistencia facultativa de la plaza.

En ésta únicamente se le ató el vendaje, después de la ligadura de la arteria.

La cura se la hizo dos horas después el doctor Isla, hallándose en la fonda el diestro.»

Las dos orillas del río

El río no era muy ancho, pero era muy profundo; tan profundo, que hay quien dice que no tiene fondo.

El río era muy largo, muy largo. Ni se conoce la fuente en que nace ni el mar en que desagua.

Su curso es muy lento: tarda más una rama que en él se arroje en perderse de vista, que la felicidad que se codicia tarda en llegar a quien la espera.

Ni tiene oleaje ni tiene espumas. A trechos refleja tintas rosadas, como las neblinas de la aurora; a trechos es totalmente negro, como noche sin luna y sin estrellas y envuelta en nubes. Cuando brilla parece plata líquida; cuando se oscurece, boca de lobo.

Tiene dos nombres, aunque nadie sabe cuál es el verdadero.

Unos le llaman el río de la muerte, otros el río de la vida.

Una pequeña barca flota en él; pero la barca no tiene remeros.

O la corriente por sí, ó una fuerza misteriosa, la lleva alternativamente de una a la otra orilla.

En cierta ocasión, y en hora que no se sabe si era la del amanecer ó la de la caída de la tarde, porque la luz del cielo era pálida y así podía ser la del alba como la del último crepúsculo, y aunque el sol rozaba el horizonte, en él parecía enclavado, fingiendo lo mismo un sol naciente que un sol que llegó a ser ocaso; en aquella ocasión, repetimos, y en aquella hora indecisa, llegó a una de las orillas un anciano anhelante y fatigoso como si viniera de un largo viaje, y sobre una ancha piedra se sentó, que no podía más y deseaba descansar.

Si venía sin duda de un largo viaje y estaba a punto de llegar al fin.

Diríase que el fin de su peregrinación, y fin desconocido, estaba en la otra orilla, según era la expresión, de ansia de duda y de espanto con que fijaba en ella sus enturbiados ojos.

Y esperó a que la barca se acercase.

Así pasaron algunos momentos.

De pronto llegó corriendo, alegre y juguetón, un niño de cabellos rubios y ojos brillantes.

Según el ímpetu de la carrera, de muy cerca venía, que si viniera de lejos, como el anciano, más despacio llegara y más rendido.

Al anciano se acercó y pronto se hicieron amigos. Y a la voz cascada de aquel se mezcló la voz argentina de éste: las manos rugosas y exangües estrecharon las manitas suaves y rosadas; los labios áridos se posaron sobre la fresca tez; los hilos de plata se enredaron a los hilos de oro. Si se habían hecho amigos.

Extraños amigos, porque en nada estaban conformes.

Si el niño decía: «¡Qué mañana tan alegre!»

Murmuraba el viejo: «¡Qué tarde más triste!»

Si aquel exclamaba palmoteando: «¡Mira cómo sube el sol!»

Este se le oponía replicando: «No sube, no; que se hunde.»

Las que eran nubes de grana para uno, eran densos nubarrones para el otro.

Y cuando el pequeño se mostraba impaciente por pasar el río, el abuelo le sujetaba con angustia y le aconsejaba en voz baja que tuviera paciencia: «Ya lo pasaremos, ya; no tengas prisa: ¡Quién sabe lo que hay en la otra orilla!»

Y en esto la barca se acercó.

Y ni aun respecto a la forma del barquichuelo estuvieron de acuerdo el viejo y el niño.

«¡Qué bonito!» decía éste—parece una cuna.

«¡Qué feo!» decía aquél—parece un ataúd.»

«¡Quiero entrar! ¡Quiero entrar en ella!»

«¡Repara cómo se mece!»

«¡Yo no! ¡No quiero entrar! ¡Es muy estrecho!»

«¡Y está inmóvil!»

«¡Me da alegría!»

«¡Me da miedo!»

Pero al fin entraron y empezaron a cruzar el río.

Línea misteriosa entre dos orillas, de las que una es luz y otra sombra, sin que se pueda comprender cuál es sombra ni cuál es luz.

Lindero móvil, vago y fluido entre el ser y la nada, que se ignora si marca un fin ó un principio.

Río de vida ó río de muerte, que corre aguas abajo, ó sube aguas arriba.

Luces y sombras, penumbras y destellos, todo está confundido: la barca con su imagen en las aguas, ataud que parece el reflejo de una cuna: el cabello blanco del anciano y el cabello rubio del niño, oro que es plata ó plata que es oro: una sonrisa que no se adivina en qué labios está, y lágrimas que pasan de unas a otras mejillas como insectos cristalinos que saltan; y si se asoman al borde de la barca a mirarse en el cristal, el anciano se ve niño y el niño se ve anciano.

Región extraña, región confusa, región en que todo se transforma.

Y llegaron a la otra orilla, y saltaron a tierra cogidos de las manos como buenos amigos.

Pero tampoco en esta orilla estuvieron conformes en nada.

Solo que habían cambiado de gustos ó de impresiones y todo lo veían al revés.

«¡Oh, qué mañana tan hermosa!» decía el viejo—«¡Sí, sí, tentais razón! El día empieza, el sol sube, la luz me inunda; ahora, ahora es cuando empiezo a vivir. Ven conmigo, ven, pequeño.»

«No, déjame—decía el niño—Quien tenía razón eras tú. ¡Qué tarde tan triste! ¿Ves? ¡Ya casi no hay sol! ¡La noche, la noche que llega! Yo no quiero estar aquí, quiero volverme a la otra orilla.»

«No es posible, hijo, no es posible. Hay que caminar; hacia atrás ya no se puede volver.»

Y le cogió de la mano y siguieron hacia adelante. El viejo, animoso y esperanzado. El chiquitín, de mala gana y llorando: a la fuerza casi.

«¿Cómo se llama ese río que hemos pasado?» preguntó el pequeño.

«No sé—le contestó el viejo.—Unos le llaman el río de la vida; otros le llaman el río de la muerte.»

«De la muerte debe ser—dijo el niño haciendo pucheritos—que me parece que me he muerto.»

«De la vida dijera yo—replicó el anciano—que me siento revivir.»

Y se alejaron de la orilla; el viejo mirando hacia adelante y tirando del niño: el niño resistiendo y mirando hacia atrás.

Y el río allá se quedó esperando más viejos y más niños.

JOSE ECHegaray.

Tauromaquías

¡EH, QUITEN USTEDES ¡JIERRO!

La pasión nunca fué buena consejera, y con ella jamás pudo juzgarse el trabajo ajeno sin incurrir en pecado de lesa justicia. Las turbas de pilletes sevillanos apedreado a los toreros cordobeses al terminar éstos en nuestra plaza su desgraciado trabajo del 24 de Agosto, están a la misma altura que la crítica taurina de los diarios madrileños de gran circulación... ¡Qué honor para las turbas!

Apasionamiento brutal y falto de cultura en unos; apasionamiento culto, pero no por eso menos censurable en la otra.

La crítica taurina de la villa del oso ha saboreado con fruición su venganza. No podía olvidar que aquí habían conceptualizado de malo lo que ella dijo un día y otro en todos los tonos que era bueno, y tan pronto como se le presentó ocasión propicia para ello, se sacó la espina, que empezaba ya a enconarse.

Y en sus transportes de júbilo pasó del límite en que debió quedarse, y cayó en el ridículo, y envuelto en él siguió palmoteando, presa de loca alegría.

Hay cosas que ni siquiera tienen discusión. Gallito es un caso extraordinario en tauromaquia. Machaquito, Lagartijo y Algaberrillo son tres novilleros mediocres que se arman a los cornúpetos con arte unas veces, sin él otras, pero sin revelar nunca estilo propio, un algo que deote al artista inspirado, si inspiración cabe en estas cosas de cuernos, percal, sedas y lentejuelas doradas.

El hijo de Fernando Gómez llegará en tauromaquia—si un astado no le corta la carrera—al sitio donde llegaron los privilegiados. Los otros tres no traspasarán nunca el límite de las medianías, así nos lo pinten un día y otro el imparcial revistero de *El Imparcial*, diario, como fenó-

menos vívidos envueltos en bordadas taleguillas y capotes de lujo.

Madrid nada envidia a la industriosa Cataluña; ni a Galicia con sus campos, en los que la naturaleza creó paisajes de magnificencia deslumbradora; ni a Valencia y Murcia con sus huertas, jardines y vergeles de eterna primavera; ni al noble Aragón; ni siquiera a Navarra y las Vascongadas con sus zorticos y sus tradiciones... Madrid solo acoge con prevención, y combate, siempre que puede, lo que de este rincón de Andalucía va. No puede consentir que tengamos la supremacía en mujeres, en vinos, en luz, en gracia, en toros y en toreros... Parece que le molesta hasta este cielo diáfano, de color incopiable para el pintor de paleta más rica en colores, y que es inmenso espejo de alegría de una tarde de toros en nuestra plaza, ó de una juerga en cualquier venta sevillana...

Ellos, los madrileños, que en su afán de tener un espada, cantaron proezas de aquel *Pepehillo* que se marchó al corra, agarrado a la cola del toro que no pudo estoquear por faltarle arte y valor, y pretenden sostener a un *Dominguín*, que unas tardes resulta suicida y medrosa otras, pero nunca torero; desesperados de ver que no se les cuaja ninguno paisano, en su afán de no rendirse ante la evidencia de los hechos, pretenden dar la exclusiva a Córdoba, que ya con su *Guerrita*—al que ellos ignominiosamente echaron de Madrid—tenía la supremacía.

Pero quieran ó no los críticos taurinos de los diarios de la rotativa—entre los que hay que hacer una honrosa excepción que se llama *Don Modesto*—los toreros sevillanos seguirán con su arte y su valentía ante los cornúpetos, ganando aplausos en Madrid y hasta en Roma, si en la ciudad Eterna hubiese plaza y se lidiase toros. Tanto es así, que el día que los ganaderos andaluces no enviasen allí ganado bravo, y los toreros sevillanos se negasen a pisar la arena del circo madrileño, éste tendría que cerrar sus puertas consumido por anemia.

...Se necesitaba dar coba al soberbio maestro de la tauromaquia, al gran *Guerrita*, que, herido de amor a la tierra, había censurado acremente a lasturbas de pilletes sevillanos por su acto de apedrear a los toreros cordobeses, y Niembro, el empresario de la plaza madrileña, se aprovechó de ello, realizando al mismo tiempo dos negocios: llenar la plaza de incautos y conseguir de *Guerrita* formal promesa de torear el próximo año en Madrid. El negocio no pudo ser más redondo.

Los cordobeses aceptaron la competencia, porque de antemano sabían lo que iban a torear: cuatro toros escogidos de la ganadería de don Vicente Hernández, ganadero que envió para los sevillanos cuatro bueyes de la peor especie, con los que *Guerrita*, el de la recomendación, no hubiese hecho más que derribarlos pronto, y para eso apelando a sus innumerables recursos de gran torero.

Con novillos de tres ó cuatro años, de ganadería de sangre (queremos decir andaluza), el toro inteligente, alegre y reposado del *Gallito*, hubiera eclipsado todas las glorias de la niñería cordobesa.

Tiene muchísima razón el inteligente é imparcial *D. Modesto*: «No hubo tal competencia porque no podía haberla. Con novillos de tres años se hubiesen igualado las condiciones de la lucha; con bueyes, no había duda del resultado, porque con éstos no luce el toro, y los sevillanos, más que matadores, son toreros, al contrario de los cordobeses, que echan más carne abajo, pero lo hacen sin lucimiento.»

Ya ve la crítica taurina de los diarios de gran circulación, cómo le ciega el apasionamiento, y al celebrar el ruidoso triunfo de los cordobeses, exagera la nota y cae en el ridículo.

Hay que gritarle, pues, a esos críticos: «¡Eh, quiten ustedes ¡jierro!»

Noticias locales

COMESTIBLES FALSIFICADOS

Conviene tener presente que los falsificadores de comestibles han adelantado mucho en su ilícita profesión.

Antiguamente, al oír que estos prestidigitadores del arte culinario hacían prodigios, nadie daba crédito á semejante versión, y muchos hasta se reían de lo que consideraban como patrañas inventadas por broma; pero hoy, por desgracia, resulta que esta nota cómica se ha convertido en realidad, y no hay nadie que ponga en duda las falsificaciones de comestibles que no hace mucho se juzgaban inverosímiles.

El pescado, por ejemplo, que se descompone con tanta facilidad, bien sea por efecto del calor ó por otras causas, constituía en otro tiempo una pérdida irreparable, pero hoy lo arreglan a las mil maravillas y le hacen pasar por fresco, poniendo un poco de sangre fresca de buey ó carnero, teniendo cuidado de que esta sangre sea de un color rojo muy vivo.

Los lenguados que se reblandecen muy pronto, sobre todo durante los meses del estío, se les coluca de modo que la tripa quede hacia adentro, y sin más que golpearlos por algún tiempo uno contra el otro, se verá que dichos pescados recobran una rigidez relativa y temporal, que es justamente lo suficiente para engañar al comprador.

Las langostas recalentadas no tardan en despedir olor de amoníaco, y aquí está el peligro.

Sin pérdida de tiempo, el astuto vendedor rasga las partes averiadas, extrae el contenido sospechoso, y enseguida, con mano experta,

llena los huecos con hierbas marinas y otras materias propias de su industria.

¿Y respecto a las aves?

Vea el lector: Sucede á veces que el falsificador trata de vender el esqueleto de un miserable pollo que ha sido mantenido con extrema sobriedad, pero no hay que dejarse engañar. Para esto se sopla á dos carrillos en la traquearteria del pollo muerto, y se ve que los pulmones del ave se dilatan como si el animal hubiese sido cebado en vida.

Después de haber soplado se suelta la cuerda que necesariamente debe cerrar la traquearteria para hacer esta operación, y el pollo se deshinchará como si exhalara un suspiro de alivio.

Esta es prueba que debe hacerse para no dejarse engañar.

DE INTERÉS PARA LOS COMERCIANTES

En la tablilla de anuncios de esta Aduana ha sido fijado el siguiente aviso:

«Originándose a la administración, y aun al mismo comercio, entorpecimientos y molestias por el retraso y falta de actividad con que algunos señores comerciantes se presentan á recoger sus bultos en los almacenes de cabotaje de esta Aduana, dejando siempre la realización de dicha operación para las últimas horas del día, cuando desde las siete de la mañana pueden efectuarlas, la administración se considera en el caso de advertirles que en virtud de lo dispuesto en la regla 7.ª del artículo 236 de las ordenanzas, parará perjuicios á los que persistan en su morosidad.»

LOS OBREROS SEVILLANOS

REUNIONES DE AYER.

En el local que ocupa la sociedad *La Bética* se reunieron ayer á las nueve de la mañana los trabajadores del puerto de Sevilla y su ribera, con objeto de constituirse definitivamente, después de aprobado por el gobernador el reglamento porque ha de regirse.

Se acordó saludar á todas las sociedades semejantes á ésta, constituidas en España, oficiándose á Barcelona, Bilbao, Málaga, Almería y otros puertos, donde están asociados sus obreros.

Después de elegirse la junta acordóse por unanimidad nombrar presidente honorario y representante de la sociedad, á D. Luis Enriquez y Palés, reorganizador de ella, haciéndose constar en acta la satisfacción de todos por los trabajos por aquél practicados hasta hoy.

Hé aquí los nombres de la junta elegida:

Presidente, Antonio Montes Reina; vicepresidente, José Cachufeiro Romero; primer secretario, Antonio Ruiz Navarro; segundo secretario, José Estéfane Lina; tesorero, Antonio Mera Ochoa; vocales, Antonio Pérez Manga, Luis Abadía Montoro, Hilario Dámaso Domínguez, José Sánchez Ayamosa, José López Sánchez, Manuel Rodríguez Marquez, Antonio Abad González, Manuel Jerez Pozo y Manuel Amores Flores.

A las diez de la mañana y bajo la presidencia de D. Manuel de las Cuevas, se reunió en el local que ocupa el Círculo Republicano la Asociación del Arte de Imprimir y sus ramos afines.

Después de aprobada el acta de la sesión anterior, el tesorero dió lectura á la lista de socios, que hasta la fecha suman el número 191, y á los gastos é ingresos habidos.

A continuación se dió lectura al artículo 57 del reglamento, suspendiéndose la sesión por diez minutos.

Reanudada ésta, se procedió á la votación de la junta directiva definitiva, quedando nombrada la siguiente:

Presidente, D. José M.ª Mata, por 38 votos; vicepresidente, D. Juan M. Rodríguez Béjar, por 53; contador, D. Isidro Gomez, por 53; tesorero, D. José Cuesta, por 70; secretario primero, D. Juan Bejar, por 65; secretario segundo, don Ricardo López, por 62; vocales, D. Fernando Oviedo, por 74; D. Manuel F. del Poder, por 67; D. Enrique Ojeda, por 64; D. José Martínez, por 63; D. Emilio Rodríguez, por 55; D. Manuel Alvarez, por 55, y D. Emilio León, por 49.

En vista de la situación tan crítica en que se encuentra el gremio de toneleros de Sevilla, anoche volvió á reunirse en la calle Lista la sociedad *La Unión*, con el objeto de tomar importantes acuerdos.

Abierta la sesión por el señor presidente, se acordó por unanimidad el que se declararan en huelga desde hoy los operarios de la casa de D. Pedro Lisen, existente en San Juan de Aznalfarache, por no aceptar dicho señor las tarifas presentadas á su aprobación por la comisión nombrada al efecto.

Terminó la sesión acordándose el expulsar inmediatamente de la sociedad á cualquier miembro de la misma que tratase de coartar la libertad de algún compañero ó que promoviese cualquier escándalo.

Anoche celebró junta la Cámara Industrial de Obreros Andaluces, tomándose en ella importantes acuerdos.

CERTÁMEN

El Ayuntamiento de Villena ha acordado, para honrar la memoria del preclaro hijo de aquella villa y colonizador de la República Argentina, Sr. Casado del Alisal, abrir un concurso que se celebrará el día 23 de Junio de 1900.

PROGRAMA

Tema.—«Monografía histórica de la villa de Villada y noticia biográfica de sus hijos más ilustres.»